



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
MAYO DE 2014 Número 148 Donativo \$7.00 M.N.





Homenaje de Gratitude

Autobiografía

de Nuestra Fundadora,

la Reverenda Madre

María de la Navidad del P.S.m.f.

María Concepción Zúñiga López



Capítulo 13

El Retorno

(Continuación)

Contrariada en todo y regañada, así tuve que vivir en casa de mis padres, después que me sacaron de mi amado convento; desde fines de 1931 hasta principios de 1942. Apenas una vez al día me llevaba mamá al templo a la Comunión, porque aquello había sido el compromiso consabido entre papá y yo.

Mis padres no fueron unos verdugos conmigo; ellos precisamente me detenían a su lado porque “me amaban,” pero a su manera. Estaban muy lejos de comprender y les parecía exagerado el modo con que yo pretendía servir a Dios. Sin embargo, entraba precisamente en los planes divinos que yo lo sufriera. Lo entendía así y esto me ayudaba a saber sufrir gozándome en mi mismo sufrimiento.

Con todo, había otro factor que me atormentaba: el demonio. Era como el resultado lógico de la misma situación de postergación en que me tenían mis padres. Él me sugería este concepto: “Estás abandonada de ese Dios a quien tú te aferras a servir y a amar. ¡Ea!, eres joven, no malgastes tu juventud. . .el mundo será tuyo tan solo aceptándolo tú. . .!”

Mis padres me tenían prohibido tener correspondencia ni trato alguno con personas religiosas ni sacerdotales. Ciertamente yo tenía entonces directores espirituales muy sabios y santos, pero todos ellos no estaban a mi alcance personal. A duras penas logré, después de un tiempo, el permi-

so de mi madre para escribirles y recibir sus cartas. Mi mamá, sobre todo, estaba empeñada en quitarme mi vocación, y solía aconsejarme que me casara. Se ganaba al sacerdote que me confesaba para que también él me hiciera la misma proposición cuanto fuera posible.

Se incubó entonces en mí como un sello que nunca había de separarse de mi lado: la postración física. Desde niña había sufrido una dolencia en mi aparato digestivo, la cual se desarrolló en úlcera gástrica, pero en aquella época de mi primera juventud, fue terrible. Me puso en un cotidiano marasmo de gravedad inminente.

Capítulo 14

El Milagro

La conversión de mi padre se logró mediante la gracia divina. El era encantador como esposo y como padre, pero tenía un genio violento, y puesto que la gracia santificante no podía operar en su alma, fácilmente se dejaba dominar de la ira.

Un día que yo había colocado por toda la casa unas crucecitas de palma bendita, montó en cólera arrojando al suelo las que encontró en su recámara, las pisoteó y me apostrofó duramente. Esto había sucedido por la mañana. Ese mismo día, como a las tres de la tarde, cuando estábamos en la mesa, poco antes de la siesta, el cielo envió una descarga eléctrica fortísima. Mi padre se levantó para examinar la casa y subió a la segunda planta donde tenía él su habitación. La descarga había destrozado el techo, ¡llenando de escombros su cama! No se trataba de una tempestad, pues no llovía y el sol era espléndido; fue solamente una descarga en seco y manifestó a mi padre. . .que había Alguien del cual él no podía escapar, a no ser por su grande misericordia. De tal manera que si él hubiese estado en su lecho haciendo la siesta, como era costumbre hacerlo casi siempre a esa misma hora, ahí hubiese quedado fulminado.

Nosotras esperábamos en el comedor, y como se tardó en regresar mi padre, fuimos en su busca, llamándole a grandes voces, y como él no respondía, yo me asomé por la chapa del pequeño oratorio y pude ver a mi padre arrodillado a los pies del altarcito de la Virgen Pura, y rezar con los brazos en cruz.

En esa ocasión papá no tuvo reparo en manifestarse humillado, y con nobleza de alma me pidió que volviese a colocar las cruces de palma en su alcoba.

Poco después mi hermana se vio atacada de una infección catarral que precisaba intervención quirúrgica inmediata. Vimos a mi padre aba-

tido, pues amaba mucho a su primogénita. Trasladamos a mi hermana a Guadalajara, y cuando papá ofreció a los médicos todo el dinero que quisiesen con tal de librar a su hija de la operación, ellos respondieron: “No es cuestión de dinero; sólo un milagro podría impedir esta operación, o la muerte si la infección llega al cerebro esta noche.”

Papá se sobrecogió en un mutismo absoluto toda la noche. Yo oraba en secreto; velábamos ambos a la enferma que llevaba casi una semana sin lograr dormir ni un minuto. A las tres de la mañana vimos cómo mi hermana dormía plácidamente. A la mañana siguiente tuvieron que ir los médicos nuevamente a la cama de la enferma a despertarla, porque telefonaron llamando que la llevásemos al sanatorio para la operación. Mi hermana amaneció absolutamente sana y sin rastro alguno de la infección.

Desde ese día papá notablemente se abstrajo en un silencio que denotaba alguna lucha interior. Se mostraba feliz por la cura de su hija, pero se le veía sufrir algo que callaba. Yo lo intuía, sin embargo, a mí misma me sorprendió su reacción. Pocas semanas después de la cura milagrosa de mi hermana, papá mandó llamar a un sacerdote de nuestra parroquia, que era el Padre Norberto Rodríguez, mi confesor. Estuvo hablando a solas con él largas horas, y al terminar la visita, nos llamó y abrazándonos delante del sacerdote nos dijo: “Me he confesado; desde mañana comulgaré diariamente porque tengo con Dios un compromiso desde la curación de mi hija. ¡Creo en Dios!”

Llorando, papá nos confesó que aquél era el día más feliz de su vida. El día 22 de noviembre de 1938, Jesús Eucaristía entraba en mi casa recibido con solemnidad por toda la familia, el día de Santa Cecilia, quien fue la madrina de aquella Comunión del alma de mi padre con Dios.



R. P. Norberto Rodríguez

Después que mi papá se confesó, todo ese tiempo me decía: “Hija, yo sé que debo dejarte ir en libertad a salvar almas y servir a Dios, pero soy un hombre cobarde: amo a mis hijas de una forma que no puedo liberar mi corazón, y yo deseo morirme pronto para dejarte libre.”



Papá lloraba y sufría en silencio. Yo rezaba mucho por él pero parecía que era lo contrario de sus deseos, porque yo enfermé por aquel tiempo al grado de gravedad. Tenía una úlcera gástrica que me provocó dos vómitos de sangre y me postré en gravedad en la Cuaresma del año de 1940. Me dolía sólo por no ver y realizar la Obra de Dios, pues para mí no es la muerte, sino la liberación del alma y poder volar con Dios, el término feliz de mi anhelo.

Papá sufría, viéndome consumirme en plena juventud y, aunque no entendía que era la misión de mi vida, creía que únicamente yo anhelaba el claustro religioso. Se notaba en él una inquietud espiritual cuando me veía tan grave, que todos los mejores médicos ya habían pronosticado que yo no saldría con vida la Pascua. Tenía una perforación en el estómago y no me dejaba mover de la cama. Estaba como un esqueleto, pues llevaba más de diez años con aquel terrible mal.

Una noche me velaban mi papá y hermana que, para ese tiempo, ya todos en casa eran piadosos y comulgaban diariamente. De pronto mi padre preguntó a mi hermana: “¿Mi hija. . . se morirá?”

Y mi hermana responde: “Sí, los médicos lo aseguran.”

Mi padre, pensando que yo no escuchaba, preguntó: “¿Por qué esta niña ha sido tan enferma siendo tan joven?” Y responde mi hermana: “Porque vive contrariada siempre; no es éste su ambiente. Ella aspira no sé qué cosas; quiere irse de nosotros. Sólo aspira por el convento.”

Papá lloró y luego dijo: “No, yo no quiero que muera ella sino yo, para no sentir el dolor de verla partir, y tampoco quiero que sus anhelos no se realicen, pues ella tiene derecho; yo lo comprendo.”

Papá estaba sano, y, sin embargo, dos días después moría. Al saber su gravedad, pude levantarme e ir a su lecho y andar en todo: llamar al sacerdote y ayudarlo a bien morir. Yo sané, y todos su maravillaban, propios y extraños, de ver cómo yo había sanado presto y mi padre, que estaba sano, había muerto en menos de tres días de una gangrena en una pierna hasta que le llegó al corazón. El médico quiso amputarle la pierna, y él no quiso. Dijo: “Quiero morir; Dios me pide la vida.” No explicaba sus palabras, pero se le vio, desde que la gravedad se presentó hasta que expiró, sumergido en una meditación.

El mismo sacerdote que lo había confesado, al convertirse a la fe, le auxilió en la última hora y dijo: “Esta alma ha sido como confirmada en gracia antes de morir; es un gran ejemplo.” Papá, estando en agonía no tenía ninguna fiebre y estaba lúcido y valiente para morir. Aseguró que la Virgen Santísima estaba ahí junto a él y le decía que pronto recibiera el Sagrado Viático porque si no lo recibía pronto, no sanaría. Mi mamá creyó que era sanar del cuerpo, pero él movió la cabeza y dijo: “No, sanar del alma.”

A las tres de la mañana quiso que fuésemos a llamar al sacerdote y yo corrí largas calles a traerlo sin sentir ningún daño. Vino el sacerdote y lo ungió a las cinco de la mañana. Papá respondía con entereza a todo el ceremonial de la Extremaunción y Sagrado Viático. A pesar de sus dolores tremendos, no se quejaba. Rodeadas de su lecho estábamos mi madre, nosotras sus hijas, parientes y amistades, el médico y el sacerdote cuando dijo palabras tan bellas como yo nunca había escuchado de los mortales, y menos de un hombre como él, que había llevado muchos años fuera de la Religión. Primero, dirigiéndose a mi madre dijo: “¡Cuánto he amado a esta mujer! Ella ha sido la compañera perfecta de mi vida.” Luego dijo a sus hijas: “Hijas mías, no os avergoncéis nunca del nombre de vuestro padre. Vuestro padre no ha conocido jamás otra mujer sino la que Dios le dio por esposa, ni ha tenido otras hijas que las de su legítimo matrimonio. No he manchado tampoco mis manos nunca con un centavo ajeno.”

Lo último fue lo emocionante, pues alargó su mano ya trémula, tomó la mía y trataba de levantarla muy alto y sostenerla en esta actitud, así varias veces, silencioso, orando, y mamá le preguntó qué significaba aquello. Respondió: “Pido a Dios, por medio de mi hija, me perdone por haberla detenido de su vocación tantos años, y te pido a ti la dejes en libertad de realizar sus deseos.” Luego agregó tras de una pausa: “Si a Roma quiere ella ir, allá la dejas ir y le das dinero para su viaje. No la detengas

para que Dios me perdone, porque ella tiene una misión sobre la tierra.”

Todos se miraban unos a otros y lloraban emocionados al oír a mi padre cómo hablaba inspirado en aquella hora. Entonces dijo el sacerdote: “Ahora es cuando su padre se ha convertido a Dios de todo corazón,” y así era. A las cinco de la mañana en punto recibía la Sagrada Hostia en su lengua devotamente, mirando hacia el cielo, y cuando la hubo recibido no habló más ni se movió, ni bajó sus ojos. Así expiró a las cinco de la tarde, en estado de coma, según el médico y en estado de gracia, según el sacerdote que le vio y confesó.

Yo lloraba más de dicha que de pena, entonando interiormente el Magníficat al cielo en acción de gracias y el “Nunc dimittis”. Era el día de Santa Catalina de Sena, abogada de los moribundos, de quien yo he sido siempre buena amiga y ella mi abogada con Dios.

Capítulo 15

La Fundadora

Cuando mi padre me sustrajo del camino de mi vocación y me recluyó en el hogar, por más instancias que le hice al Excmo. Sr. Don Pascual Díaz Barreto, de que se hiciera la fundación aunque yo estuviese lejos, prisionera, él ordenó que todo se suspendiese hasta que yo recobrara mi libertad. Cuando esto pudo ser, el Excelentísimo Prelado tenía varios años de haber bajado a la tumba. Por tanto, al sonar la hora de mi libertad, fue opinión de todos mis Superiores, que era yo la que debería ser la fundadora. No me asustaba la responsabilidad ni el trabajo, sino mi incapacidad; pero, obedeciendo, me lancé a la obra.

Para la primera fundación del Desagravio yo elegí Zamora por una razón: tenía en aquella ciudad una amiga, que años anteriores había vivido en mi tierra y se había captado la confianza y cariño de mi familia, la Señorita Angelita del Río. Por medio de ella pude comunicarme por escrito desde el año de 1940 con el Excmo. Sr. Obispo de aquella diócesis, el muy virtuoso y sabio Dr. Don Manuel Fulcheri y Pietrasanta, quien fue conmigo benévolo y me respaldó desde el principio.

A pesar de que mi señor padre al morir encareció a mi madre para que me dejase en libertad, todavía ella me detuvo casi dos años, todo el luto de papá. Mamá había enfermado por la nostalgia de papá, por lo cual lloraba y a las veces volvía a irritarse contra mí, al pensar que ya la dejaría. Por otra parte, mi hermana estaba para tomar estado de matrimonio y se enojaba contra mí cuando veía que yo tenía éxito en las gestiones que hacía de separarme de la casa. Por lo cual, de acuerdo con el Excmo. Sr. Fulcheri pedí permiso a mi madre para entrar de alumna en el colegio de



las Madres del Sagrado Corazón en Zamora. Así fue como me separé en aquella última ocasión, y al decir adiós a mi madre, cuando en persona fue a entregarme al internado, ella quiso retratarse conmigo y en esa foto se gravó su dolor íntimo. Era enero de 1942 y tenía yo entonces 26 años de edad.

Las Madres maestras de aquel plantel, sospecharon que llevaba yo otros planes aparte de la instrucción, mayormente viéndome que mi amiga Angelita me visitaba los días de locutorio y en cierta ocasión me llevó a casa del Excmo. Señor Obispo Auxiliar, que lo era el Sr. Salvador Martínez Silva, el cual me mostró mucha simpatía diciéndome, que si yo tenía vocación religiosa, él estaría dispuesto a ayudarme para conseguirlo con las Adoratrices, donde una hermana suya era la Abadesa. Yo tenía que guardar discretamente, por obediencia al Excelentísimo Señor Fulcheri, el motivo de mi estadía en Zamora, y esta situación de reservas sociales, duró hasta marzo de aquel año.

Por fin, fue el miércoles 23 de marzo que, estando delante del Excmo. Sr. Fulcheri, en las audiencias, refiriéndole mis proyectos, de pronto él me dijo: “Muy bien, hija mía, apruebo todo absolutamente y con gran aprecio en mi corazón. Vaya Ud. primero a mi clero y muéstreles sus proyectos; dígales que yo la apoyo en todo y cuando tenga Ud. casa habitación y compañeras idóneas, avíseme y se dará principio canónicamente a la erección de esta nueva Orden religiosa.”

Cuando escuché aquellas frases del Excmo. Señor, caí de rodillas llorando de alegría, de miedo, de no sé qué. . . Más tarde cuando el Excmo. Sr. Fulcheri nos visitaba, nos decía: “Esta Obra no ha nacido en mis manos sino en mi corazón.”

Del obispado salí raudamente a casa de mi amiga Angelita, y al darle la nueva, ella también recibió tal alegría, que llorábamos y no creíamos que tan fácilmente hubiera accedido el Señor Obispo y tan pronto ciertamente, ya que tales asuntos ordinariamente tardaban largos años.

Zamora, cuna o surco donde Dios quiso sembrar la primera semillita de su Obra del Desagravio a la Divina Justicia, abrió su seno dulcemente y acogió a las pobres Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro de María.

Capítulo 16

La Fundación

El 24 de marzo, vísperas de una de las más grandes festividades de esta misma Obra, el Verbo Encarnado, fui temprano y le confidencí a la directora del colegio que tenía que suspender mis estudios y dedicarme al asunto que me había llevado a Zamora.

Esta misma mañana fui a ver primero al Excmo. Sr. Obispo Auxiliar, Salvador Martínez Silva, pero ahí quiso Jesús mostrarme que no todo iba a ser fácil. Quiso recordarme que el camino a que Él me invitaba era de cruz, de espinas y de calvario. El Señor Obispo, montando en cólera, estuvo a punto de despedirme de su casa, diciéndome que

si ya tenía la aprobación del obispo diocesano, que ¿para qué quería la suya? Además, inquirió la bases pecuniarias de la Obra, y cuando supo que era franciscana de suma pobreza, me dijo: “En mí tendrá Ud. siempre un enemigo.” Tuve que retirarme de él con la espina del presentimiento clavada en mi corazón.

En seguida fui a ver al Señor Canónigo Enrique Amezcua, quien el Excmo. Sr. había señalado que sería el director espiritual de la nueva Comunidad. Él me recibió con suma bondad y me dio su bendición.



Monseñor Fulcheri

Solía decirnos el Excmo. Sr. Fulcheri: “Hijas mías, las quiero yo, la quiere Dios. Las bendigo yo, las bendice Dios.”

Después de haber ocupado largas semanas en visitar las casas de los sacerdotes y las familias de Zamora, pude darme cuenta de que Dios me estaba concediendo, tras de haberme pedido tan largos años de sacrificio, una aurora de éxito y prosperidad que me llenaba de dicha. Cuando el obispo dio su aprobación, repartí por la diócesis unos prospectos que daban la noticia de la nueva casa religiosa. Bien pronto tuve tres compañeras con las cuales empezaría aquel género de vida.

El Excmo. Señor me había ofrecido ser él quien hiciera la ceremonia, por lo cual ya tenía yo una enorme casa rentada, que había sido seminario y tenía además todo lo concerniente al culto de la capilla, más el modesto mobiliario de las hermanas cuando el día 23 de junio se presentó por la tarde el Sr. Cura Nabor Victoria, quien me notificó que el obispo había salido para México y le había delegado la ceremonia. Yo le pedí que fuese el 27 de aquel mes, festividad de nuestra Madre Patrona, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, pero él adujo que tal día él tendría grandes festejos en su parroquia, de manera que, la ceremonia tendría que ser al día siguiente, y a temprana hora, a las siete de la mañana.

Fue tal mi aturdimiento por la noticia tan intempestiva nuevamente, que a esa hora, ya casi las ocho de la noche, y ayudada de mis hermanas y de la señorita Angelita, nos atareamos toda la noche en arreglar lo concerniente, así como invitar a algunas personas.

PARA MÍ, FUE AQUÉLLA UNA FIESTA, LA MÁS GRANDE Y BELLA DE TODA MI VIDA: ERA QUE ESTABA PARA NACER



R. P. Nabor Victoria

ALLÍ, EN AQUEL HUMILDE PESEBRE, LA OBRA DE MI DIOS. ERA QUE SE IBA A CELEBRAR POR VEZ PRIMERA EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA EN EL DESAGRAVIO.

Esto era para mí algo así como el “Nunc dimittis” del Santo Simeón. “Ahora, Señor, puedes sacarme en paz de esta vida, pues mis ojos están viendo nacer al Salvador de los tiempos de la Divina Justicia: Cristo Víctima que quiere seguir inmolándose para salvación del género humano.”

Cuando en la noche, vísperas de la ceremonia de iniciación de la Obra del Desagravio, nos reunimos las tres hermanas y yo a consultar el misal, para apuntar la Santa Misa del día siguiente. Vimos con admiración que era la festividad del Nacimiento de San Juan Bautista. Nos quedamos sorprendidas de la Providencia Divina.

Al día siguiente, cuando el Señor Cura oficiaba y, tras de leer el Santo Evangelio, se volvió de cara al auditorio y en medio de su discurso hizo notar la providencial coincidencia de que esta Obra, que representa a Cristo en

su segunda
venida,
cual será
cuando,
como justo
Juez
vendrá a
juzgar al
mundo,
pues por
ello se
propone el
desagravio,
haya nacido
en el mismo
día que la
Iglesia
celebra al
Precursor
de Cristo
como
Redentor.

La primera
noche
que unidas



Altar en Zamora el día de la ceremonia

las cuatro nos levantamos a Maitines a medianoche. . me parecía un sueño de amor, en que podía ya, unida a otras almas, cantar a mi Amado las endechas de mi alma, en unión de la oración de la Iglesia, como es el Oficio Divino, después de la Santa Misa.

Como quien navega, pero con viento en popa y lleva bonanza al recorrer la navegación, así fue nuestra primera Casa del Desagravio de Zamora, Michoacán. Dios se reserva ciertas horas para la apoteosis, para demostrar que su Providencia asiste a aquellas obras, y así fue entonces.

Dios demostró su contento con la Obra del Desagravio y aun de sus pobres e insignificantes Mínimas, cómo su Providencia nos socorría a manos llenas, hasta el punto de que llegó el día en que todo el gasto de la manutención era socorrida espontáneamente sin necesidad de ir a pedirla al mercado. A la casa llegaba todo y en tal cantidad, que como solía decir nuestro Señor Obispo Fulcheri: “Las Mínimas piden limosna para hacer caridad.” Y eso era cierto; teníamos para ayudar al seminario y a muchos pobres.



Al poco tiempo de la fundación se inició la obra del apostolado. Según los fines de la Congregación, después de procurar la propia santificación de sus miembros, otros fines son: el desagravio y la colaboración con la Santa Iglesia para impartir al sexo femenino la sana doctrina y la moral católica, lo cual harán las religiosas sin salir de su casa, en departamento anexo. Dicha agrupación se llamó: “Academia Familiar Alma Patria”.



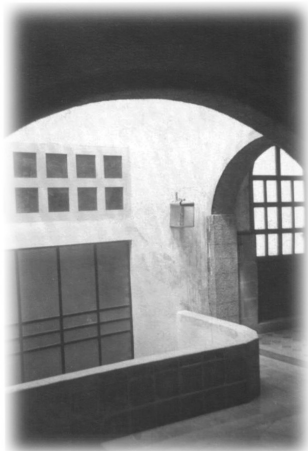
Cuando la Obra se fundó, fue obvio y lógico que yo, oportunamente, dijese a mi madre y hermana la verdad de las cosas. Mamá lo aceptó piadosamente, pero no así mi hermana, que había quedado en el predicamento de que al casarse ella tenía que radicar en otra ciudad y mamá se quedaría sola, pues ésta no deseaba trasladarse fuera de la casa paterna. Por esta circunstancia embarazosa para mi hermana, ésta me tomó rencor. Su futuro esposo, siendo abogado de alto abolengo y sabiduría, y un hombre de mucho valor social, era juez en Guadalajara y mi hermana tenía la pretensión de que al casarse, iba a lograr que en el expediente testamentario de mi padre y demás escrituras de bienes inmuebles, yo fuese desheredada porque, decía ella, apoyando en ciertas expresiones que papá dijera en tiempos de sus errores: “Con mi dinero, no se han de regalar ni frailes ni monjas”.

El Señor Obispo Fulcheri me aconsejó que yo fuese un día a visitar a mi madre, para que mi hermana y yo hiciésemos las paces, y así lo hice. Todo resultó bien y mi hermana se persuadió de que yo no tenía la culpa de haberme separado antes que ella, pues Dios así lo había dispuesto, y al fin su nobleza de alma la inclinó en mi favor.

Cuando hice esta visita a mi casa, la salud de mamá era mala. El médico aseguraba gravedad próxima. Mi hermana seguía dilatando su boda, y ni ella ni mi madre me ofrecieron nada, ni usufructos de mis bienes, pues mi padre había dejado todo mitad a cada una de sus hijas por igual.

Por aquel tiempo la Obra tenía dos años de fundada y estábamos precisando de casa más amplia y yo hubiese querido parte, al menos, de mi herencia, para habilitar el anexo para el apostolado, pero no quise mencionar nada; lo dejé todo a Dios.

No habían transcurrido ni dos semanas de mi visita cuando un día, de Ocotlán me telefonaron que mi hermana estaba grave, y que si no iba yo en el acto no la alcanzaría con vida: era una apendicitis aguda que se acababa de presentar hacía algunas horas. Entonces una buena bienhechora me puso a disposición su coche particular con su propio chofer, que me llevó en corto tiempo a mi casa. Llegué a las tres de la tarde y pude estar a la cabecera de la enferma, la cual murió dos horas después.



Yo quedé consternada y confundida con ese designio divino que no permitió a mi hermana realizar su ideal de tomar estado, y también porque, con su muerte, mi madre quedaba sola y encamada y requería mi permanencia a su lado. Después del entierro de mi hermana, rogué a mi madre se dejase conducir a mi convento para atenderla, pues el Excmo. Señor lo permitía, pero mi familia era demasiado orgullosa. Se resistió mamá a seguirme más de un mes, hasta agravarse de tal manera que, cuando admitió y la llevé conmigo, murió a la semana próxima.

En menos de seis semanas, Dios liquidaba mi casa dejándome huérfana y sola absolutamente en la vida, pero también libre para servirle a Él con todo cuanto tenía en mis manos: el patrimonio económico de mi casa. El dinero que mi padre había dicho alguna vez que no serviría para frailes ni monjas, se fundió íntegro para comprar y edificar el convento de la Casa del Desagravio. Dios no podía hablar más claro.

Mi madre murió santamente arrepentida, pidiendo perdón a voz en cuello delante del sacerdote que la asistió al morir, que lo fue precisamente el mismo párroco de Zamora, y, de-



lante del cuerpo completo de mi Comunidad. Llorando muy humildemente, pidió ¡perdón a Dios y a mí! (pobrecita madre mía) y tuvo la dicha de recibir los sufragios de cuerpo presente en la misma Capilla del Convento y las Misas Gregorianas por el Excmo. Señor Fulcheri.



Desde entonces tuvimos nueva casa que se compró para el objeto de nuestra vida y apostolado y se fincó con todos los departamentos necesarios; y se pudo enriquecer lo relativo al culto divino. También creció la Comunidad y la labor social o apostolado.



“La Providencia Divina ha hablado muy claro,” dijo nuestro Prelado maravillado, aunque yo, por ofrecer a Dios un sacrificio más, cuando la finca se escrituró, no quise que fuese a mi nombre, para quedar libre de bienes. Se hizo a nombre de una persona de la sociedad, adinerada, honorable y sin herederos.

Varias veces, cuando iba el Señor Obispo Fulcheri a nuestra casa a darnos algún ejercicio espiritual, solía decirnos: “Ustedes mismas, hijas mías, que forman esta Comunidad naciente, no se imaginan la grandeza de la Obra que están iniciando.”

Antes de la Cuaresma de 1946 me había dicho: “Hija mía, vaya preparando todo lo necesario para enviar este año preces a Roma, pidiendo la Aprobación Canónica de su Obra,” y en la Pascua me encargó estar presta a acudir hacia él cuando me lo avisase, llevando los documentos requeridos para el trámite de las Preces a Roma.



(Continuará)



*Gloriosísima María,
de la Trinidad sagrario,
de los cielos relicario,
y de la tierra alegría.*